

Una tarde, Adán¹

Flor Lizeth Zacarías Moreno (Losh)

Maestra de inglés y traductora independiente

El nuevo jardinero era un chico de cabello largo, el cual sujetaba con una cinta de tela. Iba subiendo por el camino con la regadera llena y tendiendo el otro brazo para equilibrar la carga. Regaba las capuchinas, poco a poco, como si vertiera café con leche: en el suelo, al pie de las plantitas, se extendía una mancha oscura; cuando la mancha era grande y blanda, levantaba la regadera y se pasaba a otra planta. Ser jardinero debía ser un buen trabajo porque ellos pueden hacer todas las cosas con calma. María-Nunziata lo miraba desde la ventana de la cocina. El jardinero era un chico ya mayor, pero todavía usaba pantalones cortos. Y ese cabello largo que lo hacía parecer una niña. Dejó de enjuagar los platos y golpeó en el vidrio:

—Chico —dijo.

El chico-jardinero levantó la cabeza, vio a María-Nunziata y sonrió. También María-Nunziata se echó a reír, para responderle, y porque nunca había visto a un chico con el cabello así de largo y con una cinta como esa en la cabeza. Entonces el chico-jardinero le dijo “ven aquí” con la mano y María-Nunziata siguió riéndose de su forma chistosa de hacer gestos, y ella también se puso a gesticular para explicarle que tenía que guardar los platos, pero el chico-jardinero le siguió diciendo “ven aquí” con una mano, y con la otra le mostraba las macetas de dalias. ¿Por qué señalaba las macetas de dalias? María-Nunziata abrió la ventana y asomó la cabeza.

—¿Qué hay? —dijo y se empezó a reír.

—Dime, ¿quieres ver una cosa bonita?

—¿Qué es?

—Una cosa bonita. Ven a verla, rápido.

—Dime qué es.

—Te la regalo. Te daré una cosa bonita.



1 Traducción del cuento “Un pomeriggio, Adamo” de Italo Calvino, dentro del compendio *Ultimo viene il corvo*. Italia, 1949.



Saltidae, Roberto Carlos Estrada de León.

—Tengo que lavar los platos. Luego viene la señora y no me encuentra.

—¿La quieres o no? Anda, ven.

—Espérame ahí —dijo María-Nunziata y cerró la ventana.

Cuando salió por la puerta de servicio, el jardinero seguía ahí regando las capuchinas.

—Hola —dijo María-Nunziata.

María-Nunziata parecía más alta porque traía unos zapatos buenos con suela de corcho, era un pecado ponérselos para trabajar, como a ella le gustaba. Pero tenía una cara infantil, pequeña, entre cabello negro y rizado, y también las piernas todavía flacas y de niña, mientras que el cuerpo, bajo los frunces del delantal, estaba ya lleno y adulto. Y de todo se reía: por cada cosa que decían los demás o incluso ella, reía.

—Hola —dijo el chico-jardinero. Tenía la piel morena de la cara, del cuello, del pecho: tal vez porque andaba siempre así, medio desnudo.

—¿Cómo te llamas? —dijo María-Nunziata.

—Libereso —dijo el chico-jardinero.

María-Nunziata se rio y repitió:

—Libereso... Libereso... qué nombre, Libereso.

—Es un nombre en esperanto —dijo él—. Quiere decir ‘libertad’ en esperanto.

—Esperanto —dijo María-Nunziata—. ¿Tú eres esperanto?

—El esperanto es una lengua —explicó Libereso—. Mi padre habla esperanto.

—Yo soy calabresa —dijo María-Nunziata.

—¿Cómo te llamas?

—María-Nunziata —y se reía.

—¿Por qué siempre te ríes?

—Y tú, ¿por qué te llamas Esperanto?

—Esperanto no: Libereso.

—¿Por qué?

—¿Y por qué te llamas María-Nunziata?

—Es el nombre de la Virgen. Yo me llamo como la Virgen y mi hermano como San José.

—¿San José?

María-Nunziata soltó la carcajada:

—¡San José! ¡Se llama José, no San José, Libereso!

—Mi hermano —dijo Libereso— se llama Germinal y mi hermana Omnia.

—¿Y lo que dijiste? —preguntó María-Nunziata—, muéstramelo.
—Ven —dijo Libereso. Dejó la regadera y la tomó de la mano.

María-Nunziata se opuso:

—Primero dime qué es.
—Ya verás —dijo—, prométeme que la cuidarás.
—¿Me la darás?

—Sí, te la regalo. —La había llevado hasta la esquina cerca a la pared del jardín. Había plantas de dalia en macetas, eran tan altas como ellos—. Ahí está.

—¿Qué?
—Espera.

María-Nunziata se asomaba por encima del hombro de Libereso. Él se inclinó para mover una maceta, levantó otra casi pegada a la pared y señaló el suelo.

—Ahí —dijo.

—¿Qué? —dijo María-Nunziata. No veía nada: era sólo un rincón oscurecido, con hojas húmedas y tierra.

—Mira cómo se mueve —dijo el chico. Entonces ella vio una piedra de hojas que se movía, una cosa húmeda, con ojos y patas: un sapo.

—¡Madre mía!

María-Nunziata había escapado saltando entre las dalias con sus hermosos zapatos de corcho. Libereso, en cuclillas junto al sapo, se reía con sus dientes blancos en medio de su cara morena.

—¿Le tienes miedo! ¡Es un sapo! ¿Por qué tienes miedo?
—¿Es un sapo! —gimió María-Nunziata.
—Es un sapo. Ven —dijo Libereso. Ella lo señaló con el dedo.
—Mátalo. —El chico estiró las manos como para protegerlo.
—No quiero. Es bueno.
—¿Es un sapo bueno?

—Todos son buenos. Se comen los gusanos.
—Ah —dijo María-Nunziata, pero no se acercó. Se mordía el cuello del delantal y trataba de ver de reojo.

—Mira qué lindo —dijo Libereso y bajó la mano.

María-Nunziata se acercó, ya no se reía, sólo lo miraba con la boca abierta.

—¡No! ¡No lo toques! —Libereso acariciaba con un dedo el lomo verde grisáceo del sapo, lleno de verrugas babosas.

—¿Estás loco? ¿No sabes que si lo tocas te quema y te hincha la mano?

El chico le mostró sus grandes manos morenas con las palmas forradas con una capa de callos amarillentos.

—No me importa —dijo—. Está tan bonito.

Había agarrado el sapo por el cuello como si fuera un gatito y se lo había puesto en la palma de una mano. María-Nunziata, mordiéndose el cuello de su delantal, se acercó a él y se acurrucó a su lado.

—Madre mía, qué impresión —dijo.

Estaban los dos en cuclillas detrás de las dalias, y las rodillas rosadas de María-Nunziata rozaban las rodillas morenas todas desolladas de Libereso. Libereso pasaba una mano por el lomo del sapo, la palma y el dorso, y cada vez que el sapo quería escurrirse, lo atrapaba.

—Acarícialo tú también, María-Nunziata —dijo. La chica escondió las manos detrás del delantal.

—No —dijo.

—¡Cómo! —dijo él—. ¿No lo quieres? —María-Nunziata bajó los ojos, después miró el sapo y volvió a bajarlos.

—No —dijo.

—Es tuyo. Te lo regalo —dijo Libereso.

María-Nunziata tenía la mirada nublada: era triste renunciar a un regalo, nadie le daba regalos, pero el sapo realmente le daba asco.

—Te dejo que te lo laves a tu casa si quieres. Te hará compañía.

—No —dijo. Libereso dejó el sapo en el suelo que corrió a esconderse entre las hojas—. Adiós, Libereso.

—Espera.

—Tengo que terminar de lavar los trastes. La señora no quiere que salga al jardín.

—Espera. Quiero regalarte algo. Algo realmente bonito. Ven.

Ella lo siguió por los caminos de grava. Libereso era un chico raro, con ese pelo largo, y además atrapaba sapos con la mano.

—¿Cuántos años tienes, Libereso?

—Quince, ¿tú?

—Catorce.

—¿Cumplidos o por cumplir?

—Los cumplo el día de la Anunciación.

—¿Y ya pasó?

—¿Cómo, no sabes cuándo es el día de la Anunciación? —Se echó a reír de nuevo.

—No.

—La Anunciación, el día de la procesión. ¿Qué no vas a la procesión?

—No.

—En mi pueblo sí que hay procesiones bonitas. Ahí no es como aquí. Hay grandes campos llenos de bergamotas y nada más que bergamotas. Y todo el trabajo es recoger bergamotas desde la mañana hasta la noche. Nosotros éramos catorce hermanos y hermanas, y todos recogíamos bergamotas, y cinco murieron aún pequeños, y a mi madre le dio el tétanos, y anduvimos en tren una semana para venir a casa de tío Carmelo, y allí dormíamos los ocho en la cochera. Dime, ¿por qué tienes el pelo tan largo?

Se habían detenido en un plantío de alcatraces.

—Porque sí. Tú también lo tienes largo.

—Pero yo soy una mujer. Si tú lo tienes largo entonces eres una mujer.

—Yo no soy una mujer. No es por el pelo que se sabe si uno es hombre o mujer.

—¿Cómo que no se sabe por el pelo?

—No se sabe por el pelo.

—¿Por qué no se sabe por el pelo?

—¿Quieres que te regale una cosa bonita?

—Sí.

Libereso empezó a dar vueltas entre los alcatraces. Estaban todos abiertos, las blancas trompetas miraban al cielo. Libereso se asomaba en el interior de cada alcatraz, tentó dentro con dos dedos y escondió algo en el puño cerrado. María-Nunziata no se había metido en el plantío y lo miraba riéndose en silencio. ¿Qué hacía Libereso? Había inspeccionado ya todos los alcatraces. Se acercó tendiendo las dos manos cerradas.

—Abre las manos —dijo.

María-Nunziata extendió las manos juntas y ahuecadas, pero tenía miedo de ponerlas debajo de las de él.

—¿Qué tienes ahí dentro?

—Una cosa bonita. Ya verás.

—Primero déjame ver.

Libereso entreabrió las manos y le dejó mirar. Las tenía llenas de escarabajitos: escarabajos de todos colores. Los más bonitos eran los verdes, pero había también rojos y negros, y hasta uno azul. Y zumbaban, resbalaban los unos en el caparazón de los otros, agitaban las patitas negras en el aire. María-Nunziata escondió las manos debajo del delantal.

—Ten —dijo Libereso—, ¿no te gustan?

—Sí —dijo María-Nunziata, pero seguía con las manos metidas debajo del delantal.

—Cuando los aprietas te hacen cosquillas, ¿quieres ver?

María-Nunziata tendió las manos tímidamente y Libereso dejó caer en ellas la pequeña cascada de insectos de todos colores.

—Ánimo. No pican.

—¡Madre mía! —No había pensado que pudieran picarla. Abrió las manos y los escarabajos sueltos en el aire desplegaron las alas y los hermosos colores desaparecieron y fue sólo un enjambre de coleópteros negros que volaban y se posaban en los alcatraces.

—Qué lástima. Yo quiero darte un regalo y tú no quieres.

—Tengo que ir a lavar los trastes. Si la señora no me encuentra comenzará a gritar.

—¿No quieres un regalo?

—¿Qué me vas a regalar?

—Ven. —Se la llevó de la mano entre los arriates.

—Tengo que regresar rápido a la cocina, Libereso. Después tengo que desplumar una gallina.

—¡Puah!

—¿Por qué puah?

—Nosotros no comemos carne de animales muertos.

—¿Hacen siempre cuaresma?

—¿Cómo?

—¿Qué comen?

—Muchas cosas, alcachofas, lechuga, tomates. Mi padre no quiere que comamos carne de animales muertos. Ni tampoco café y azúcar.

—¿Y el azúcar de la cartilla?

—Lo vendemos en el mercado negro.

Habían llegado a una cascada de suculentas, todas cubiertas de flores rojas.

—¡Qué flores tan bonitas! —dijo María-Nunziata—. ¿Nunca las cortas?

—¿Para qué?

—Para llevárselas a la Virgen. Las flores son para llevárselas a la Virgen.

—*Mesembrianthemum*.

—¿Qué dices?

—Esta planta se llama *Mesembrianthemum* en latín. Todas las plantas tienen nombres en latín.



Taublüte, Barbara Lier.

—También la misa es en latín.

—No sé.

Libereso echaba un vistazo al serpentear de las plantas en la pared.

—Aquí está —dijo.

—¿Qué es?

Era una lagartija, inmóvil bajo el sol, verde con manchitas negras.

—Deja la atrapo.

—No.

Pero él se acercaba a la lagartija con las manos abiertas, despacito, y después de un salto, la atrapó. Reía contento con su risa blanca y marrón.

—¡Espera, que se me escapa! —Entre las manos cerradas se deslizaba ora la cabecita asustada, ora la cola. María-Nunziata también reía, pero retrocedía a saltos cada vez que veía la lagartija y apretaba la falda entre sus rodillas.

—Entonces, ¿de veras no quieres que te regale nada? —dijo Libereso un poco mortificado, y muy despacio dejó sobre un pretil la lagartija que se escapó como una flecha. María-Nunziata tenía los ojos tristes.

—Ven conmigo —dijo Libereso y volvió a tomarla de la mano.

—A mí me gustaría tener un labial y pintarme los labios los domingos para ir a bailar. Y también un velo negro para ponérmelo en la cabeza después, cuando vamos a la bendición.

—Los domingos —dijo Libereso— voy al bosque con mi hermano y llenamos dos cestas de piñas. Después, por la noche, mi padre lee en voz alta libros de Elysée Reclus. Mi padre tiene el pelo largo hasta los hombros y la barba hasta el pecho. Y usa pantalones cortos en verano y en invierno. Y yo hago dibujos para el escaparate de la FAI. Los que llevan sombrero de copa son financieros, los de quepí, generales, y los de sombrero redondo, curas. Después los pinto con acuarelas.

Había un estanque con redondos nenúfares flotando.

—Calla —dijo Libereso.

Debajo del agua se vio avanzar a la rana sacudiendo y aflojando los brazos verdes. Una vez en la superficie saltó sobre una hoja de nenúfar y se posó en el centro.

—Ahora —dijo Libereso, y bajó una mano para atraparla, pero María-Nunziata hizo ¡uh!, y la rana saltó al agua. Libereso buscaba con la nariz al ras de agua—. Ahí abajo. —Hundió la mano y la sacó cerrada en un puño—. Dos de una vez —dijo—. Mira. Son dos, una encima de la otra.

—¿Por qué? —dijo María-Nunziata.

—Macho y hembra pegados —dijo Libereso—. Mira cómo le hacen. —Y quería poner las ranas en la mano de María-Nunziata. María-Nunziata no sabía si tenía miedo porque eran ranas o porque eran macho y hembra pegados.

—Déjalas —dijo—, no necesitas tocarlas.

—Macho y hembra —repitió Libereso—. Después tienen renacuajos.

Una nube pasaba delante del sol. De repente, María-Nunziata se desesperó.

—Es tarde. De seguro la señora me está buscando.

Pero no se iba. Seguían dando vueltas por el jardín y ya no había sol. Fue el turno de una culebra. Estaba detrás de un seto de bambú, era un lución. Libereso se lo enroscó en un brazo y le acariciaba la cabecita.

—Antes yo amaestraba culebras, tenía una decena y hasta una larga, larga y amarilla, de las de agua. Después mudó de piel y se escapó. Mira ésta que abre la boca, mírale la lengua partida en dos. Acaríciala, no muerde.

Pero María-Nunziata también le tenía miedo a las culebras. Entonces fueron hasta el pequeño estanque de rocas. Primero, le mostró los chorros, abrió todas las llaves y ella estaba muy contenta. Después, le mostró el pez rojo. Era un viejo pez solitario y sus escamas empezaban a blanquear. Sí, el pez rojo le gustaba a María-Nunziata. Libereso empezó a agitar las manos en el agua para atraparlo, era difícil, pero así María-Nunziata podría meterlo en un frasco y tenerlo incluso en la cocina. Lo atrapó, pero no lo sacó fuera del agua para que no se asfixiara.

—Tócalo, acarícialo —dijo Libereso—, se siente que respira: tiene las aletas como de papel y escamas que pican, pero poco.

María-Nunziata tampoco quería acariciar el pez.

En un arriate de petunias, Libereso rascó con los dedos y sacó lombrices largas largas y blandas blandas. María-Nunziata escapó dando gritos.

—Pon la mano aquí —dijo Libereso, señalando el tronco de un viejo durazno.

María-Nunziata no entendía, pero puso la mano: después lanzó un grito y corrió a sumergirla en el agua del estanque. La había sacado llena de hormigas. Por el durazno iban y venían pequeñísimas hormigas “argentinas”.

—Mira —dijo Libereso y apoyó una mano en el tronco. Se veían subir las hormigas por su mano, pero él no la apartaba.

—¿Por qué? —dijo María-Nunziata—. ¿Por qué te llenas de hormigas?

La mano ya estaba negra, las hormigas le subían por la muñeca.

—Quita la mano —gemía María-Nunziata—. Se te van a subir todas encima.

Las hormigas le subían por el brazo desnudo, ya habían llegado al codo. Ahora todo el brazo estaba cubierto por un velo de puntitos negros que se movían; las hormigas ya le llegaban a la axila, pero él no se quitaba.

—¡Quítate, Libereso, mete el brazo en el agua!

Libereso reía, algunas hormigas le pasaban ya del cuello a la cara.

—¡Libereso! ¡Todo lo que quieras! ¡Aceptaré todos los regalos que me des! —Le echó los brazos al cuello, empezó a frotarlo para quitarle las hormigas.

Entonces Libereso apartó la mano del árbol, riendo, blanco y marrón, sacudió el brazo con descuido. Pero se veía que estaba conmovido.

—Bueno, te haré un gran regalo, ya lo decidí. El regalo más grande que puedo hacerte.

—¿Qué?

—Un puercoespín.

—¡Madre mía...! ¡La señora! ¡La señora me llama!

María-Nunziata había terminado de lavar los trastes cuando oyó unas piedritas que golpeaban los vidrios de la ventana. Abajo estaba Libereso con una canasta grande.

—María-Nunziata, déjame subir. Tengo una sorpresa para ti.

—No puedes subir. ¿Qué llevas ahí dentro?

Pero en ese momento la señora llamó y María-Nunziata desapareció.

Cuando volvió a la cocina, Libereso no estaba. Ni dentro ni bajo la ventana. María-Nunziata se acercó al fregadero. Entonces vio la sorpresa.

En el escurridor, en cada plato, había una ranita que saltaba, una culebra se enroscaba dentro de una cacerola, había un tazón lleno de lagartijas y caracoles babosos que dejaban estelas irisadas en la cristalería. En la palangana llena de agua nadaba el viejo y solitario pez rojo.

María-Nunziata dio un paso atrás y vio entre sus pies un sapo, un sapo gordo. Más bien debía de ser una hembra porque la seguía toda una camada, cinco sapitos en fila que avanzaban a pequeños saltos por las baldosas blancas y negras.



Contemplación, Alberto Sustaita Muñoz.

